

Forment asegura sin ambigüedades que a la base de toda esta formidable batalla teórica resalta la concepción que los tomistas han desplegado acerca del ente y del ser, el corazón de la filosofía primera. En tal aspecto, es enérgico al afirmar que Santo Tomás no ha equiparado el *esse* y la *existentia*, sino que confirió al acto de ser una primacía fundamental que la existencia de suyo no posee, a pesar de la generalizada inclinación escolástica —tomista y no tomista— a identificarlos. Forment adhiere en esto a la línea que en el neotomismo ha encabezado Cornelio Fabro con su denuncia de la heterodoxia histórica de la escolástica formalista que ocultó la eminencia del ser en la secundariedad del existir. Por tal motivo, el autor estima que la clave para comprender el meollo de la noción tomista de persona continúa siendo la distinción real entre la esencia y el acto de ser de los entes finitos o compuestos y, además, que el problema se complica e ingresa a una seria confusión con la transpolación de la diada *essentia-esse* en el plexo más vulgar *essentia-existentia*. Rechaza, por ende, la objeción de quienes inculpan a Capreolo de haber transgredido la distinción real, emblema de la escuela tomista, como ocurriera con Garrigou-Lagrange.

Forment ha consagrado el grueso de las páginas del libro al examen de las doctrinas que han resonado con más fuerza en la historia de este conflicto. Su investigación se detiene singularmente en siete escolásticos de los comienzos de la Edad Moderna (Cayetano, el Ferrariense, Báñez, Medina, Suárez, Ledesma y Juan de Santo Tomás) y en ocho contemporáneos (Billot, Hugon, Garrigou-Lagrange, Muñiz, Fraile, Quarello, degl'Innocenti y Vicente). Si bien es comprensible esta restricción, no lo es menos que su elección ha recaído en pensadores de sensible gravitación en la evolución de la disputa sobre el constitutivo formal de la persona. Pero esto mismo, a la luz de la competencia exhibida por Forment para explayarse en tan grave materia, nos obliga a invitarle a nuevas incursiones al respecto, ya que sería oportuno revisar el estado de la cuestión en la escuela tomista primitiva, que es anterior a la querrela originada en la interpretación de las *Defensiones theologiae*, de Capreolo; en los tomistas raramente explorados de la segunda escolástica (Javelli, Soncinas, los Salmanticenses, Mohrenwalder, Silvio, Zumel, etc.), y en el debate aún inconcluso de la cristología de las décadas recientes (Déodat de Basly, Parente, Galtier, Piolanti). La enjundia del volumen de Forment nos mueve a solicitarle este ulterior servicio a la metafísica que, sin duda, está en sus manos obsequiarnos, tal como lo ha certificado a través de la obra que acabamos de reseñar.

MARIO ENRIQUE SACCHI

JAVIER FERNANDEZ AGUADO, *Dios causa sui en Descartes y otros ensayos*, Samsa, Madrid, 1989.

“Sólo ahora llegamos propiamente a la filosofía del nuevo mundo, la que empezaremos con Descartes. Con él entramos, en rigor, en una filosofía independiente, que sabe que surge substantivamente de la razón y que la conciencia de sí es un momento esencial de la verdad. Ahora ya podemos sentirnos como en nuestra casa y gritar al fin como el marino, después de una larga y difícil travesía por procelosos mares: ¡Tierra!” (HEGEL, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*).

La famosa expresión hegeliana no ha perdido actualidad. Descartes, como también señalaba el filósofo alemán, es un héroe para muchos de nuestros contemporáneos: es él quien ha empezado la verdadera aventura del hombre que confía ilimitadamente en su poder racional.

Aun no compartiendo el entusiasmo hegeliano, considero que el estudio del pensamiento moderno no puede prescindir del detenido análisis de la filosofía cartesiana. Casi todos los manuales de historia de la filosofía hacen coincidir el comienzo de la edad moderna con la publicación del célebre *Discours de la méthode*. Y no es una elección arbitraria: al profundizar en las raíces de muchas cuestiones que ocupan a nuestros contemporáneos, no pocas veces se detecta el influjo de las conclusiones cartesianas.

Por esto me ha interesado la lectura de estas páginas, que presentan algunos aspectos centrales de la filosofía de Descartes. Aunque se trate de cuatro ensayos distintos, los artículos están estrechamente relacionados entre sí y ahondan paulatinamente hacia el núcleo de cada tema, hasta llegar a una visión unitaria del concepto de causalidad en la ontología y en la teodicea cartesiana.

Quien conoce la filosofía moderna, bien sabe que el enfoque cartesiano de la noción de causa constituye la clave para interpretar los posteriores desarrollos desde Spinoza hasta Hegel, y entender el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito. Como he estudiado este último aspecto a través de las obras de Luigi Pareyson, estos ensayos me han ofrecido continuas ocasiones para reflexionar y completar razonamientos ya incoados.

He leído otros escritos del prof. Fernández Aguado, al que me une una larga amistad romana. Sabía que tampoco éste me habría decepcionado. Entre los méritos del presente ensayo, me limito a mencionar tres: el profundo conocimiento de la obra cartesiana; la claridad de la exposición; el amplio uso de la bibliografía. Además hay que destacar las atentas valoraciones críticas, que, con objetiva ponderación, ayudan al lector a formarse un juicio propio ante las estructuras del sistema de Descartes.

Al terminar estas líneas, sólo me queda desear que el autor siga dando a la imprenta nuevas obras que enriquezcan el panorama filosófico actual.

FRANCESCO RUSSO

FERNAND VAN STEENBERGHEN, *Le thomisme*. Que Sais-Je? 587. Presses Universitaires de France, Paris 1983, 128 pp.

En este pequeño libro, Mons. Van Steenberghen resume su visión del tomismo concentrando su discurso en la filosofía de Santo Tomás de Aquino. En el capítulo primero considera los principios gnoseológicos sostenidos por el Doctor Angélico, pero apelando a un repertorio de términos más afines a los intereses del pensamiento moderno que al lenguaje propio de Tomás. Así, la clave de este capítulo es el "análisis de la conciencia" (pp. 10-12), donde se habla de las "ideas universales" asimiladas al concepto o verbo mental. En el capítulo segundo encontramos una exposición de las tesis descolantes de la metafísica